

La madre los levantó con su trabajo en casas de familia. Siempre los apoyó en su decisión de ser militares, pero la muerte de uno de ellos y las heridas de otros dos la hacen dudar.

JOSÉ NAVIA
Editor de Reportajes

Los cuatro hijos varones de Ernestina Cruz parecían haber nacido marcados por el designio para empuñar las armas.

Apenas si esperaban a cumplir los 18 años para presentarse en los centros de reclutamiento del Ejército en Bogotá, con la ilusión de vestirse de camuflado e irse a pelear al monte.

Ernestina Cruz, quien había asumido como propia la felicidad de sus hijos por la carrera militar, los despedía, uno a uno, con un beso, una bendición y una advertencia que suena frágil para un combatiente de un país en guerra: "Cuidese mucho, miijo".

Ahora está confundida.

Muestra con orgullo las docenas de fotos que sus hijos le han enviado desde zonas de combate, abrazados con sus amigos o empuñando fusiles, lanzagranadas y ametralladoras envueltas en cintas de proyectiles.

También enseña las placas de graduación de las escuelas de paracaidistas y de fuerzas especiales del Ejército con las que adorna las paredes de ladrillo desnudo de su casa, en el extremo sur de la ciudad.

Sin embargo, su rostro aún está marcado por el dolor que le causó la muerte, en julio pasado, del tercero de sus hijos, Danny, cuando su patrulla entró en un campo minado sembrado por la guerrilla.

También esta afligida por la suerte de Darío y Charli. Darío, el mayor, fue licenciado del Ejército hace dos años debido a las incapacidades que le causó una mina. Charli está convaleciente de dos balazos que le pegó la guerrilla en el Caquetá casi dos meses antes de la muerte de Danny.

De niños, jugaban a la guerra

Además, teme por el menor de sus hijos, David, quien presta el servicio obligatorio en Bogotá y ya manifestó su intención de convertirse en soldado profesional.

Sentada en la sala de la casa que le regalaron sus patronos del norte de la ciudad, Ernestina Cruz recuerda, junto con su hermana Brígida, que sus muchachos nunca pensaron en ser nada diferente a militares.

Darío fue el primero en manifestar su vocación. "Yo quiero ser soldado", decía desde los cinco o seis años.

Los domingos, los hermanos Henao Cruz jugaban a la guerra en un potrero cercano al barrio, con las pistolas de plástico que su mamá les compraba en los tenderetes de la carrera décima o en los baratillos del barrio Simón Bolívar, donde vivían hacinados en un higuilón.

Marisol y Norma, las dos hijas de Ernestina, no parecían compartir sus aficiones bélicas. Sin embargo, Norma, se presentó el año pasado

LAS PLACAS DE GRADUACIÓN de los cursos que hicieron sus hijos adornan la casa de Ernestina Cruz, en el sur de Bogotá.

ERNESTINA CRUZ acompaña a sus hijos en las ceremonias militares. Aquí con Charli, su segundo hijo.

DANNY HENAO murió el pasado 30 de julio cuando un compañero suyo pisó una mina.

DARÍO HENAO, como soldado profesional del batallón Los Guanes, vigila con su ametralladora M-60 en las montañas de Santander.

Foto: Archivo particular

CONFLICTO / APENAS CUMPLÍAN LOS 18 AÑOS SE PRESENTABAN AL BATALLÓN

Cuatro hermanos de armas y de sangre

para ingresar a la Policía y no fue aceptada. Su mamá no conoce las razones, pero siente cierto alivio, sobre todo después de ver en las noticias que una policía murió recientemente en un atentado con explosivos en el noroccidente de Bogotá.

Para la familia Cruz, la vida no era fácil. Desde que Ernestina se separó de su marido, cuando estaba en embarazo del último de sus hijos, se dedicó a trabajar por días en una casa de familia y a lavar ropa los fines de semana.

Desde muy niña sus padres la acostumbraron a trabajar duro en los campos de Umbita (Boyacá). A los once, su padre la llevó a un internado de monjas, en Bogotá, para que trabajara sirviendo de sayunos a las estudiantes y lavando pisos.

Un día, las religiosas la entregaron a una familia para que hiciera oficios domésticos. Dice que la señora de la casa la recriminó porque se comió una arepa sin permiso, las monjas se enteraron y se la devolvieron al papá porque las había hecho quedar mal.

Con sus terceros patronos, un médico y su esposa, del norte de Bogotá, trabajó hasta que se casó con

un tapicero del barrio 7 de agosto. Y a ellos regresó cuando se separó. "Me trataron muy bien y me regalaron la casita", dice.

A Ernestina no le extrañó la afición de sus hijos por las fuerzas armadas. Se la atribuye a la influencia que ejercieron tres primos militares y dos de la policía. Los muchachos vivían deslumbrados con los uniformes y les escuchaban boquiabiertos las aventuras que contaban en cada visita.

Llegan las malas noticias

Ella, además, orgullosa de la valentía de sus hijos, les incentivó su vocación. "Les compraba pistolitas, gorras camufladas, soldados de plástico", dice.

A los hijos mayores no les pudo pagar el bachillerato. Por eso, después de terminar su primaria en la escuela Murillo Toro, Darío se dedicó a trabajar de albañil hasta los 18 años.

A esa edad se enroló como soldado regular. Lo enviaron al batallón Los Guanes, en Santander. Las fotos y las historias que traía a casa en cada permiso acabaron por desatar la fiebre entre sus hermanos.

Charli fue el siguiente. Su historia es similar: hizo primaria en la misma escuela, trabajó de albañil y poco después de cumplir la mayoría de edad, ya estaba uniformado, en el

batallón Sumapaz. Tres meses después de terminar el servicio obligatorio comenzó la carrera de soldado profesional.

Danny, el tercero de los Henao, era el más ansioso por llegar al Ejército. Cuenta Ernestina que se presentó a los 17 años y lo rechazaron. Consiguió un trabajo de ayudante de panadería y al cabo de un año estaba de nuevo en la fila de los reclutas. Dos años más tarde ya lucía las insignias de soldado profesional.

Un día de junio del 2003 Ernestina Cruz le echó la bendición a David, el último de sus hijos. En marzo próximo termina de pagar el servicio y quiere hacer curso de suboficial.

Pero por primera vez, Ernestina tiene dudas sobre la suerte que pueda correr David en las filas del Ejército.

Sus primeros miedos afloraron el 30 de junio de 1999. Ese día, la patrulla de Darío cayó en un campo minado cuando perseguía a guerrilleros del Eln en Cañabral, en el sur de Bolívar. Un helicóptero evacuó a los tres heridos a una clínica de Bucaramanga.

Hasta allá llegó Ernestina esa misma noche. "La pieza estaba a oscuras y yo no quería que prendieran la luz porque me daba miedo de

ver a mi hijo desfigurado o sin una pierna", recuerda.

Cuatro días después le notificaron que su hijo había perdido un ojo y tenía lesiones en los oídos y en la columna. Una junta médica determinó que su incapacidad era del 69.14 por ciento, casi seis puntos menos del 75 por ciento que exige el reglamento para otorgarle una pensión.

El único trabajo que pudo conseguir fue de celador. "Con el ojo que me quedó bueno me defiendo", afirma, aunque pide que le reconozcan la pensión.

El segundo golpe lo recibió Ernestina Cruz el pasado 8 de junio. Un cuñado la llamó a la pastelería donde trabaja para informarle que Charli había sido herido en una emboscada de las Farc en una zona rural de San Vicente del Caguán. Esa misma tarde lo encontró en una cama Hospital Militar de Bogotá con un balazo en el estómago y otro en el brazo derecho.

Pasó unos cuatro días pendiente de su recuperación. El muchacho sigue convaleciente. "Charli no puede coger nada con la mano derecha porque se le cae, me da miedo que le pase lo mismo que a Darío", dice.

'Madre, rece por mí'

Mientras vigilaba la cama de Charli, pensaba mucho en Danny, quien la llamaba dos veces a la semana y en más de una oportunidad le había dicho: "madre, rece por mí que esto es muy peligroso".

La mañana del 30 de julio, casi al mismo tiempo que Ernestina Cruz se colocaba el uniforme para iniciar su trabajo en la pastelería, el cabo tercero Danny Henao y otros dos militares se estremecieron con el estallido de una mina en un camino de Santa Rita, en límites de Antioquia y Córdoba.

El soldado que punteaba el pelotón murió instantáneamente. El otro militar falleció después y Danny fue trasladado de helicóptero a una clínica de Medellín. Las hermanas y una tía de Danny recibieron la noticia de su muerte poco después de las 4 de la tarde.

Nadie se atrevió a llamar a Ernestina Cruz para enterarla de la suerte de su muchacho. Ella llegó a la casa hacia la 9 de la noche y apenas abrió la puerta se quedó pasmada, sin poder traspassar el quicio ni pronunciar palabra.

Apregujados en la sala, vio a sus hijos y a otros familiares llorando sin consuelo. "Sentí que me moría, gritaba como una loca, quería salir corriendo pa' tirarme a algún carro", cuenta Ernestina Cruz.

"Eso fue trago muy difícil. Lo enfermamos el primero de agosto a las tres de la tarde en Jardines de Paz", cuenta Ernestina, quien todavía viste de sencillo, pero riguroso luto.

Desde ese día, sus sentimientos se debaten entre apoyar la decisión de David de seguir la carrera militar el próximo año o pedirle que busque un trabajo de menos riesgo.

Mira una y otra vez la pila de fotos que guarda en una bolsa plástica, revueltas con distintivos de los batallones en los que han estado sus hijos. Se queda un rato en silencio y suelta una pregunta que la ronda desde que sepultó a su hijo:

¿Será que vale la pena tanto sacrificio?

Apregujados en la sala, vio a sus hijos llorando sin consuelo.